

Despedida sentimental. A una araña rubia¹

Todo el verano, en la apacible dulzura de mi soledad, he tenido una silenciosa compañera.

Ardieron los días estivales, rodaron las estrelladas noches, se consumieron los meses a la orilla del mar y yo tuve enfrente de mi trabajo un modelo vivo de paciencia y solicitud: una araña chiquitina y rubia, una araña infantil, al parecer.

La descubrí una tarde mientras ordenaba mis ideas con la pluma inmóvil y la imaginación en tortura. Un hilo pálido tembló sobre el fondo de la pared y hacia él se me fueron los ojos. Quedé agradecida; hallaba pretexto para distraerme, para fantasear un minuto fuera de las cuartillas; la araña, rubia y frágil, me daba ocasión de hacer un comentario marginal en mi tarea.

No era mi vecina una sexagenaria vellosa, doméstica y común, de las que viven en los rincones entre la sombra y el polvo, sino una clara hilandera de jardín que sabía colgar al sol esas hamacas tenues, urdidas con los *hilos de la Virgen* tan semejantes a la filadiz blanca de los capullos. Acaso en una hora de lluvia o vendaval trepó hasta mis balcones buscando para su nido el refugio piadoso de un dintel; halló confortable este salón, donde hay mucho silencio, mucha luz, y se puso a laborar tranquilamente junto a mí.

Al verla, imaginé que me miraban comprensivos sus cuatro pares de ojos; seguí el compás de sus ocho patas incansables, y sentí al consuelo egoísta de no estar yo sola trabajando.

Precisamente me agitaba entonces un leve impulso de rebeldía, creyendo que la siesta ardorosa de aquella tarde sólo a mí me negaba su reposo.

Tal pereza se desprendía del ambiente en el pueblo, que el vecindario en masa parecía dormir. Y tan callandito pasaban los instantes sobre el esplendor de los campos y el éxtasis de las olas, que el correr de mi pluma alzaba un estruendo inusitado, un chirrido agudo que bien pudiera compararse a una queja, muy ácida y muy triste.

Pero la arañita rubia subía y bajaba en su trapecio con mucho donaire, igual que si en el mundo no existiese abrasadores estíos y sosiegos plácidos, lo mismo que si, algunas veces, no hicieran las plumas esfuerzos dolorosos encima del papel...

¹ Publicado en *Los Lunes de El Imparcial* (14 de octubre de 1918). Este artículo había aparecido ya cinco años antes en *La Unión Ilustrada* (31 de agosto de 1913), aunque, al volver a publicarlo, la autora introduce importantes variantes que aportan mayor concisión y contenido poético al texto, mejorándolo notablemente.

Me sentí valiente y activa como la tejedora; recordé que Salomón tuvo a las arañas por símbolo de la virtud y que Minerva las enseñó a tejer; eran, pues, unas criaturas edificantes, favorecidas por las alabanzas de un sabio y el arte de una diosa.

Y admirando la agilidad y el estoicismo de mi labradora menuda, sonreí hacia ella en acto amistoso, prometiéndome seguir su ejemplo de constancia y aplicación.

*

Henos aquí, al final de la jornada, fieles amigas la araña y yo.

Las dos hemos trabajado sin descansos ni siestas en dura esclavitud y está patente que ella sola ha logrado beneficios. Haciendo yo respetar su taller y su urdimbre, ha engordado mientras adquirían delicadeza suma los peines de sus garras, y se ha construido una casita preciosa, en forma de tubo, perfilada con un tejido sutil, donde encadena las víctimas para los banquetes.

No medré yo tanto; sin exprimir la sangre ajena, con el zumo de mi corazón, tejí sentimientos y dolores en unas páginas de inseguro destino. Ahora, solo con el bagaje de mis ilusiones de artista, tengo que volver a la lucha, a lo imprevisto y oscuro, dejando a la araña en la suave realidad de su casa de tul, en el blando sosiego de su nido invernal.

Para su mayor ventura, esta amiga, esta aliada, a quien yo, por mi alta y noble condición de poeta, rindo contribuciones del sentimiento a cada paso, y en el umbral de la dulce morada que abandono, me vuelvo conmovida hacia mi compañera de veraneo para decirla con tristeza:

-Adiós, araña rubia araña previsora y diligente; adiós, obrera feliz, que tienes casa tuya y despensa provista...¡y ocho ojillos cazadores que no saben llorar!... ¡Adiós!

Concha Espina

Playa de Comillas, octubre de 1918.